
Introducción

El 13 de marzo de 2019 se presentó en Nairobi el sexto informe de la ONU sobre las *Perspectivas del medio ambiente mundial*. Los resultados del informe son tan claros como desalentadores: la situación global del planeta ha empeorado sustancialmente desde que se publicó la primera edición hace más de 20 años. Aunque ha avanzado la concienciación sobre algunos problemas, como en el caso del cambio climático, los países no están caminando en la dirección adecuada para encarar con eficacia la situación. Responder a un desafío global de tal envergadura requiere una concertación internacional hoy inexistente y unas medidas urgentes a una escala sin precedentes que los países tampoco están adoptando en la actualidad. La gravedad y celeridad del deterioro ecológico hace que solo podamos actuar ya sobre la amplitud de la tragedia.

El industrialismo, los estilos de vida urbanos y las pautas de consumo de las sociedades opulentas se encuentran detrás de los problemas. Los comportamientos más característicos y cotidianos de la actual civilización industrial capitalista se han convertido en una amenaza existencial. La extensión de la agricultura y ganadería intensiva provoca el agotamiento de los acuíferos y la pérdida de fertilidad de las tierras. El sistema de transporte estimula la demanda de unos recursos fósiles en proceso de agotamiento cuya quema provoca la desestabilización del clima. Las tendencias urbanizadoras exigen infraestructuras que tornan escasos los recursos que precisan; está ocurriendo con la arena, una materia prima hasta hace poco abundante y barata, pero que en la actualidad debido al elevado ritmo de extracción se ha convertido en escasa (cada año se extraen alrededor de 59.000 millones de toneladas de materiales de la Tierra, y la arena representa cerca del 85%). Los hábitos de consumo arrojan a los mares cada año más de ocho millones de toneladas de plástico que, además de contaminar los océanos, provocan riesgos en la salud al incorporarse en la cadena alimentaria. La civilización industrial capitalista socaba las condiciones de existencia de la humanidad en la misma medida en que los aspectos más representativos de su modo de vida arraigan y se hacen cotidianos en sectores cada vez más amplios de la sociedad adquisitiva mundial. Las comodidades que disfruta una parte de la pobla-

ción mundial no se pueden extender al resto sin empeorar las condiciones de vida de toda la humanidad, amenazando de forma inmediata la vida de los más pobres.

Si no se abandona este modo de producción y consumo (convertido hoy en propuesta universal de modo de vida) y no se introducen con celeridad cambios profundos en términos de equidad social y sostenibilidad, la catástrofe está asegurada: el deterioro ecológico y social proseguirá incesante y comprometerá gravemente las condiciones de la existencia humana. La contaminación del aire ya está ocasionando millones de muertes prematuras y graves efectos sobre la salud pública, el incremento exponencial de las amenazas asociadas al calentamiento global está generando situaciones de inseguridad alimentaria y desplazamientos forzados de población, y el *extractivismo* ha sembrado la geografía del planeta de conflictos ecosociales que suelen derivar en espirales de violencia y represión.

Esta superposición de problemas ha hecho que se preste de nuevo atención a la expresión crisis de civilización. Con ella se quiere señalar que nos encontramos ante una crisis general que estalla en múltiples frentes y atañe a todo el sistema. Revela también un aumento de la consciencia de que el propio sistema, tal vez porque se encuentre en una fase degenerativa terminal, no tiene capacidad para ofrecer una salida airosa a sus propias contradicciones. Esta carencia de respuestas a los desafíos planteados, no solo en el plano económico, sino también desde las instituciones políticas y culturales, reclama la necesidad de nuevos paradigmas, lo que indica que la crisis afecta también al sistema de valores, instituciones, conocimientos y costumbres que constituyen lo que suele definirse como civilización. Conviene precisar que lo que entra en crisis es la civilización capitalista, cuya dinámica inherentemente expansiva, impulsada por el ánimo de lucro y el individualismo competitivo, choca con los límites naturales y desbarata los vínculos sociales, afectando de esa manera las condiciones materiales que permiten la reproducción de la vida y de la existencia social. De ahí que la cuestión ecológica sea inmediatamente una cuestión social en un sentido básico y radical. No existen dos crisis separadas, una social y otra ambiental, sino una única e inseparable crisis ecosocial.

Ante una crisis de esta naturaleza, con evidentes componentes civilizatorios, no cabe una simple componenda. Ni siquiera un

gran acuerdo social parece suficiente. Probablemente estemos necesitados de un pacto que, más allá de lo social, confluya también en lo existencial. Rafael Argullol ha puesto el dedo en la llaga al señalarlo: «más importante que el contrato social del que hablaron los ilustrados es el contrato existencial, del que carecemos y que supondría entender la vida como un sutil juego de equilibrios entre deseo y respeto, entre posesión y contención»¹. El capitalismo global que se asienta en el mundo tras la caída del muro de Berlín se comporta como una auténtica civilización de la *hybris*, del desequilibrio y la desmesura, y solo una democracia radical con capacidad de mediación y regulación entre los poderes, los individuos y el ser humano y su entorno será el antídoto que pueda garantizar la libertad frente al continuo sabotaje a que se ve sometida por esas fuerzas dominantes de la desmesura.

Este breve ensayo se estructura en tres partes. La primera, compuesta de cuatro capítulos, caracteriza la crisis ecosocial como una combinación de grandes transformaciones acontecidas en planos que, aunque diferentes, se encuentran profundamente relacionados. La crisis ecosocial es «la crisis de las muchas crisis». En ella subyace una crisis ecológica, económica y de cuidados, una profunda involución social y un vaciamiento democrático.

La segunda parte aborda el orden social que surge de las transformaciones anteriores. Un mundo en el que su evolución potencial se redujera a una única trayectoria sería un mundo muy frágil. El neoliberalismo thatcheriano del «no hay alternativas» fue un intento de poda masivo de las diferentes trayectorias posibles que están presentes como ramas en el árbol que representa la historia. Afortunadamente sigue habiendo primaveras que hacen surgir brotes nuevos capaces de revivir el árbol viejo. Vivimos unos tiempos inciertos donde el futuro está abierto. El capitalismo no es el fin de la historia sino una de sus etapas, y el neoliberalismo ha sido tan solo una fase dentro de la etapa histórica que representa el capitalismo contemporáneo. Una fase, al igual que una etapa, es por definición algo contingente, por lo que no ha lugar para aceptar la máxima defendida por Margaret Thatcher. Siempre hay alternativas. La culminación del orden social neoliberal nos sitúa frente a una bifurcación que muestra diferentes trayectorias potenciales. La historia no está escrita de antemano. La escribimos cada día, aunque sea en

¹ R. ARGULLOL, *La vida como saqueo*, *El País*, 2 de julio de 2014.

circunstancias que —como acertadamente señaló Marx— en buena medida nos vengan impuestas. Los capítulos de esta parte del libro resaltan algunas de estas circunstancias impuestas. Solo podremos responder a los desafíos planteados si somos plenamente conscientes del mundo que va surgiendo.

La gran bifurcación en la que nos encontramos representa, como la propia crisis ecosocial, una encrucijada de complejidades. Tan condenadamente compleja que nos obliga a combinar la lucha por llegar a fin de mes con las que eviten el fin del mundo. La gravedad y dificultad de la situación que atravesamos reclama buena información, mejor conocimiento y altas dosis de sabiduría para enjuiciar nuestros comportamientos colectivos y orientar nuestras elecciones. La última parte del libro plantea la urgencia de un cambio de paradigma que sea capaz de situar en el centro de la conversación pública la *vida buena*. Sin una idea de lo que significa, se hace difícil construir una sociedad justa que permita que todas las personas puedan llegar a fin de mes sin que eso impida salvar al mundo.

www.edicioneshoac.es